

pea su fervoroso espíritu y no menos la humilde docilidad con que aceptaba y seguía en todo las insinuaciones de San Ignacio.

5. *Hieronymi Natalis, S. J. Scholia in Constitutiones*. Este tratado doctrinal sobre nuestras Constituciones, encierra algunos preciosos datos históricos, que hemos aprovechado en este tomo.

6. *Guzmán (Luis de), S. J. Historia de las misiones que han hecho los religiosos de la Compañía de Jesús para predicar el santo Evangelio en la India Oriental y en los reinos de la China y Japón*. El P. Luis de Guzmán, nacido en 1543, fué uno de los Padres más respetables que tuvo la Compañía en España á fines del siglo XVI, y residió en las principales casas de la provincia de Toledo, hasta que murió en 1605. Cuatro años antes de morir publicó esta obra, en la cual recogió con buen orden y explicó en castizo y elegante estilo las noticias que fué recibiendo de las misiones portuguesas, desde sus principios hasta el año 1600. Es uno de los más juiciosos historiadores que ha tenido la Compañía.

7. *Los biógrafos de San Francisco de Borja*. Ya indicamos los principales en la introducción bibliográfica del tomo primero, páginas xxxii, xxxix y xli, á los cuales se pueden añadir el P. Nieremberg, el P. Bartoli y los Bolandos. Una advertencia debemos hacer aquí, acerca de la duda que suscitamos en la página xli, sobre la autenticidad de algunos documentos reproducidos por Cienfuegos. Hemos descubierto, es verdad, notables alteraciones en algunos; pero examinando bien el asunto, nos hemos convencido de que todas esas mudanzas se deben al P. Dionisio Vázquez. Cienfuegos no hizo sino copiar de buena fe lo que leyó en el manuscrito de su predecesor.

Fuera de estas obras, nos han servido incidentalmente algunas historias y monografías modernas, que el lector verá citadas en los lugares respectivos.

## LIBRO PRIMERO

Laínez.

### CAPÍTULO PRIMERO

PREPARATIVOS DE LA PRIMERA CONGREGACIÓN GENERAL

1556-1557

SUMARIO: 1. Laínez es nombrado Vicario general de la Compañía.—2. Entretanto el P. Nadal busca en España limosnas para el colegio romano y padece algunas pesadumbres hasta volver á Roma en Diciembre de 1556.—3. Convócase la Congregación primero para Noviembre de 1556, y después para la primavera siguiente.—4. Dificultades extrínsecas para reunirse la Congregación.—5. Propónese celebrarla en España, y cuando se pide la aprobación de Paulo IV, manda éste que se le entreguen las bulas y Constituciones de la Compañía.—6. Causa interior de este mandato. Carácter y faltas del P. Bobadilla y del P. Poncio Cogordán.—7. Razones con que pretenden alterar el gobierno de la Compañía. Refútalas el P. Nadal.—8. Con la intervención del cardenal Alejandrino sosiéganse aquellos tumultos.—9. Son devueltas las bulas y Constituciones, y se difiere la Congregación para el año 1558.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Institutum S. J.*—2. *Cartas de San Ignacio*.—3. *Regestum S. Ignatii*.—4. *Epistolae S. Fr. Borgiae*.—5. *Epistolae P. Nadal*.—6. *Epistolae P. Salmeron*.—7. *Epistolae PP. Bobadillae et Roderici*.—8. *De rebus Congregationum I, II, III, IV, V*.—9. *Nadal. Scholia in Constitutiones*.—10. *Ribadeneira. Persecuciones de la Compañía*.

1. San Ignacio, al morir, no designó Vicario, tal vez porque ya lo tenía nombrado en la persona del P. Jerónimo Nadal (1). Como éste se hallaba entonces en España, los Padres de Roma trataron de elegir un Vicario que residiera en la Ciudad Eterna. Cinco tan sólo eran los profesos que allí tenía nuestra Orden. Eran éstos los PP. Laínez,

(1) Aunque no la conocemos, nos consta que tenía patente de Vicario firmada por el mismo San Ignacio. Así lo confiesa el mismo Nadal en sus *Efemérides*: *Si vicarius non est P. Laynes, ego sum, et habeo obsignatas patentes a P. Ignatio*. (*Epist. P. Nadal*, t. II, p. 59.)

Polanco, Olave, Frusio y Cogordán. Por lo mismo que eran tan pocos, convocaron al P. Bobadilla, que estaba en Tívoli (1); pero este Padre, gravemente enfermo por aquellos días, se excusó de venir á Roma y dió su voto á quien lo diera el P. Polanco. Más enfermo que Bobadilla en Tívoli estaba en Roma el P. Diego Laínez, á quien se había dado la Extremaunción cuando murió San Ignacio. Tres días después juntáronse los PP. Polanco, Olave, Frusio y Cogordán, y habiéndose asegurado de que Laínez recobraba la salud, procedieron al nombramiento de Vicario. El enfermo dió su voto al que lo dieran los demás. Los otros cuatro, reunidos aparte, nombraron al P. Laínez. No se lo anunciaron luego, por no contristarle; pero tres días después, cuando le vieron algo más restablecido, le declararon la elección que habían hecho (2). Empezó, pues, Laínez á gobernar la Compañía como Vicario general, aunque el primer mes y medio todo lo hacía por medio de los PP. Polanco y Madrid, pues la enfermedad no le permitía trabajar por sí mismo (3).

Aquí preguntará el lector: ¿y qué fué del otro Vicario elegido dos años antes por nuestro P. San Ignacio? Es indispensable decir algo sobre lo que el P. Jerónimo Nadal estaba haciendo en España al tiempo que espiraba en Roma nuestro santo fundador. La primera venida á España del P. Nadal fué gloriosísima, como vimos, por haber establecido las Constituciones y haber ajustado la Compañía española á las reglas dadas por San Ignacio. En su segundo viaje no presenta Nadal obras, al parecer, tan admirables, pero nos da ejemplos de una humildad y paciencia que bien merecen alguna consideración.

2. Á dos puntos principales se podía reducir la comisión que San Ignacio dió á su Vicario, cuando le envió á España á fines de 1555. Ambos puntos pueden verse claramente explicados en dos cartas ó instrucciones que por orden del fundador redactó el P. Polanco (4). Lo primero, debía el P. Nadal ayudar á San Francisco de Borja en

(1) Véase la carta que se le escribió el día mismo en que murió San Ignacio. *Cartas de San Ignacio*, t. vi, p. 520.

(2) *Cartas de San Ignacio*, t. vi, p. 366. En todas las cartas en que habla el P. Polanco de la muerte de San Ignacio, da la noticia de que han elegido Vicario al P. Laínez.

(3) El P. Polanco, en carta al P. Ribadeneira escrita el 29 de Agosto, le avisa que ya empieza á levantarse de la cama el P. Laínez. Debió, pues, ser bastante larga y penosa aquella enfermedad. Véase *Regest. S. Ignatii*, t. v, f. 57.

(4) *Cartas de San Ignacio*, t. vi, pp. 22 y 26.

el gobierno de la Compañía, perfeccionando así la obra de la promulgación de las Constituciones. Lo segundo, debía buscar, de acuerdo con el mismo, algún subsidio para el colegio romano. Notemos ahora el carácter un poco extraño de que se le revistió para ejecutar estas cosas. «Cuanto á la autoridad para conseguir mejor lo dicho, escribe el P. Polanco, aunque con común consentimiento de los sacerdotes y los demás de Roma, fué el M. Nadal elegido por Vicario general del P. Mtro. Ignacio con su misma autoridad, para que le ayudase en las cosas de su cargo, por las enfermedades suyas muy continuas; por haber en España Comisario, que en aquellas provincias hace el mismo efecto, se suspende en ellas la autoridad que entonces se le dió, quedando en pie para fuera dellas; en manera que, generalmente hablando, ni él tendrá superior, ni tampoco súbdito ninguno en España» (1). Era, pues, el P. Nadal, superior de la restante Compañía como Vicario de San Ignacio, pero no lo era actualmente en España, estando exento, empero, de todo superior. Extraña posición la del P. Nadal, creada, sin duda, por el grandísimo respeto con que miraba San Ignacio á San Francisco de Borja. Desde que el Duque de Gandía fué admitido en la religión, no quiso nuestro santo Patriarca que ninguno de los Nuestros fuese superior de tan ilustre personaje. Ahora bien: en la carta dirigida á San Francisco de Borja para anunciarle esta venida de Nadal, se le dice que á éste se le han suspendido las facultades de Vicario, pero no se le añade la otra circunstancia de que el mismo *no tendrá superior* (2). Esta omisión hizo, sin duda, creer á San Francisco de Borja que Nadal era súbdito suyo mientras estuviese en España. Habiendo salido de Roma el P. Vicario á fines de 1555, desembarcó en Alicante el día primero del año 1556 (3); de allí pasó á Murcia y Valencia, después se detuvo breve tiempo en Cuenca y Alcalá, y por fin se juntó con San Francisco de Borja en Plasencia.

El recién llegado tuvo, por de pronto, el disgusto de ver que se habían mudado varias cosas de las que él había establecido en su primer viaje. No dice cuáles fueran estas mudanzas ni quién las hiciera. El P. Estrada, Provincial de Aragón, se le quejó de que le

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. vi, p. 23.

(2) Véase *Ibid.* la carta de la p. 19.

(3) Todo lo que se sigue del viaje de Nadal lo tomamos principalmente de sus *Efemérides*, preciosísimos apuntes, escritos con tanto candor como fidelidad. Vide *Epist. P. Nadal*, t. II, pp. 41 y sigs.

hubiera dado sustituto. Á esto satisfizo Nadal, recordándole que aquel arreglo se había hecho á ruegos de él mismo. No tuvo qué replicar Estrada á respuesta tan concluyente. El negocio de buscar limosnas para el colegio romano tropezaba doquiera con mil dificultades. Viendo Nadal que no se tomaba este asunto con el brío necesario, propuso que se lo dejaran completamente á él y al P. Villanueva, gran maestro en esta facultad de sacar limosnas. Sin embargo, los otros Padres opinaron que sería mejor buscarlas poniendo por delante el nombre del P. Francisco. Así se hizo, y pasando Borja y Nadal de Plasencia á Oropesa, consiguieron que el hermano del Conde de este título les prestase mil y quinientos ducados. Otros mil y quinientos se pudieron allegar de varias limosnas parciales. En cumplimiento del especialísimo encargo que traía Nadal de auxiliar al santo Comisario en el gobierno de la Compañía, hizo algunas advertencias á Borja, pero éste no tuvo por conveniente admitirlas (1). Es más: dió á entender que no gustaba de que el otro se metiese en las cosas del gobierno, y el humilde Vicario se abstuvo de dar su parecer en muchos negocios.

Además, como Borja estaba creído que Nadal era súbdito suyo, le mortificó sin querer en lo más vivo. Hizo la profesión el P. Barma en Valladolid, presenciando el acto el príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II, el Nuncio y otros muchos personajes. Fueron después convidadas á comer personas muy ilustres, entre las cuales se veían los Superiores de las Órdenes religiosas, y en medio de la comida, sin haberle dado previo aviso, manda el santo á Nadal que desde el púlpito del refectorio explique en latín algunos puntos principales de nuestras Constituciones. No pudo excusar el P. Vicario un primer movimiento de sonrojo al recibir en público tan súbito mandato, impuesto por quien no le podía mandar; pero dominando al momento este primer ímpetu de impaciencia, habló de corrida casi una hora, y según dice el P. Tablares, que estaba presente, «ni en el latín ni en la sustancia pareció cosa de repente, sino muy estudiada, lo cual no fué sino *ex tempore*; dió á todos aquellos religiosos gran satisfacción» (2).

(1) Por ejemplo, en la profesión del P. Barma, hecha en Valladolid, dispuso San Francisco de Borja una gran comida, convidando á personas muy principales. Advirtióle el P. Nadal que aquello parecía un gasto excesivo. No lo entendió así el santo, y obsequió espléndidamente á los convidados. Citamos este hecho, porque de seguro nadie lo espera de un hombre que, como San Francisco de Borja, suele ser pintado como sobradamente rígido y austero. *Vide Epist. P. Nadal*, t. II, p. 43.

(2) *Curtas de San Ignacio*, t. VI, p. 551.

Á propósito de otro negocio, el santo dió á Nadal una buena reprehensión, y, según parece, en presencia de los PP. Araoz y Barma, y el reprendido la escuchó sin replicar una palabra (1). Ejemplar humildad y paciencia (2). Como si tantas pruebas no fueran bastantes, llega una carta de San Ignacio reprobando cierto consejo que había dado el P. Nadal para la fundación de los colegios, consejo que no agradó al santo Patriarca (3).

¿Podían caer más golpes sobre el P. Vicario? Sí. Aun quedaba el delicado conflicto que sobrevino, cuando llegó la noticia de la muerte de San Ignacio. No sabemos porqué, tardó bastante en llegar á Valladolid el correo de Roma que anunciaba este suceso. Entretanto el P. Ribadeneira escribió desde Flandes á San Francisco de Borja participándole las noticias que había adquirido acerca del tránsito de nuestro bienaventurado Padre. Como entonces era bastante común perderse las cartas en los caminos, y por eso se mandaban distintos ejemplares de ellas por diversas vías y se comunicaban por otros medios indirectos las noticias, recibida la carta de Ribadeneira y cerciorados por ella de la muerte de Ignacio, juzgaron los Padres de Valladolid que no era menester esperar comunicaciones oficiales, digámoslo así, para obrar en aquel caso. Creyeron, pues, que, muerto San Ignacio, quedaba por Superior de toda la Compañía el P. Nadal, su Vicario. En consecuencia, éste, aconsejado por Borja, Araoz, Estrada y Bustamante, expidió cartas á la Provincia de Portugal con-

(1) *Epist. P. Nadal*, t. II, p. 42.

(2) Probablemente aprendió el P. Nadal á obrar de este modo por lo que le sucedió el año anterior á propósito de su viaje á Alemania. Cuéntanos él mismo (*Epist. P. Nadal*, t. II, p. 34) que cuando San Ignacio le envió á esta misión en 1555, previendo que en el viaje se encontraría con el P. Lainez, ordenó que no fuese superior de éste, sino que ambos se tratasen como iguales y de común consentimiento resolviesen lo que ocurriera. Encontráronse efectivamente ambos Padres en Florencia, y juntos caminaron hasta Ausburgo. Parece que no se avinieron bien en aquel viaje, y aun Nadal se tomó alguna vez la libertad de contradecir acaloradamente á Lainez. Cuando San Ignacio entendió esto, puso mal rostro, admirándose de que Nadal no hubiera tratado á Lainez con el respeto que éste merecía: *Intellexi fuisse ingratum P. Ignatio, quod non me ita gessissem cum P. Laine, ut ipse sperasset.*» (*Ibid.*, p. 38.) Aleccionado con este aviso el P. Nadal, y viéndose colocado en posición parecida con San Francisco de Borja, procedió con la humildad y sosiego que hemos visto.

(3) *Recepi litteras P. Ignatii obiurgatorias, quod fuissem auctor, ut in fundandis collegiis, pro singulis operariis vel lectoribus peteremus ali duos scholasticos. Aegre tuli, et quum rescripsissem impatientius, laceravi tamen illas litteras et alias scripsi pacatores.* (*Ibid.*, p. 43.)

vocando para la futura Congregación. Apenas había ejecutado este acto jurisdiccional, llega el correo de Roma, en el cual, con la muerte del santo Patriarca, se anunciaba la elección del P. Laínez para Vicario. Humanamente hablando, era para temer un conflicto entre los dos Vicarios. ¿Quién tenía más derecho, el nombrado por San Ignacio, y que ya llevaba veinte meses de ejercicio, ó el designado por cuatro Padres de Roma? (1). Entonces, cuando aun no estaban confirmadas las Constituciones por ninguna Congregación general, cuando aun faltaban por resolver muchos puntos delicados en esta materia, no hay duda que el caso ofrecía sus dificultades. Todas las allanó la sólida humildad del P. Nadal. Estuvo tan sobre sí en todo este lance, que confiesa no haber experimentado la más ligera turbación al oír el nombramiento del P. Laínez. Cesó sin decir palabra en su oficio, y se dispuso para acudir cuanto antes á la Congregación general que debía reunirse en Roma.

Hasta aquí hemos visto la humildad y mansedumbre del P. Nadal; veamos ahora su prudencia. Trataron los Padres que estaban en Valladolid de preparar su viaje á Roma, adonde se les convocaba para Noviembre de 1556. Pocos días después llegó nuevo aviso difiriendo la Congregación para la primavera siguiente, por haber parecido corto el primer plazo. Con esto, San Francisco de Borja y los Provinciales juzgaron esperar hasta Enero para salir de España. Al santo le prohibieron los médicos emprender el viaje. Los Provinciales mostraron poca inclinación á ir ellos en persona. Á Nadal le dió mala espina esta flojedad, y sospechó si habría ocurrido á los Padres la idea, que después se propuso, de celebrar la Congregación en España. Por otra parte, estando entonces en tregua Paulo IV y Felipe II en la guerra que se hacían, creía Nadal que debía aprovecharse aquel tiempo tranquilo, antes de que, rompiéndose otra vez las hostilidades, naciesen nuevos estorbos que les impidiesen el via-

(1) El juicioso Sacchini manifiesta ingenuamente no entender bien el derecho con que procedieron los Padres de Roma á elegir Vicario, estando ya elegido el P. Nadal. Luego da una explicación, que no sé si contentará á todos. He aquí sus palabras: *Romani Patres in substituendo, nulla ipsius Natalis mentione, novo vicario, quid sequuti sint, haudquaquam compertum habeo. Videri potuit Beatus ipse Pater totam rem facto diremisit, quum publicam administrationem novissime non ipsi uni, sed Polanco simul, ac Madridio delegavit; sed quoniam eius muneris mentio erat in litteris, per quas in Hispaniam erat missus, illud verosimilius, quod ad Praepositi Generalis sublevandos aegri labores, nec ex formula constitutionum, sed voluntario Beati Patris ritu extra ordinem suffectus erat, existimatum, quidquid inde potestatis acceperat, pariter cum Ignatii fine exspirasse.* (*Hist. S. I. Lainius*, l. 1, n. 26.)

je. El suceso demostró que eran exactísimas ambas previsiones de Nadal. No lo juzgaron así el Comisario y los Provinciales, y le rogaron que se detuviese en la Provincia de Aragón hasta principios del siguiente año. Nadal rehusó acceder á este ruego, y saliendo de Valladolid (1), encaminóse sosegadamente á Roma, donde entró el 10 de Diciembre de 1556.

3. Veamos lo que pasaba en la Ciudad Eterna mientras esto sucedía en España. Dos dificultades á cuál más grave debía vencer el P. Laínez para realizar felizmente la Congregación general. Una era el carácter mismo de Paulo IV, hombre poco afecto á la Compañía, imbuído en otro espíritu y agriado entonces por la guerra con España, de donde le nacían sospechas contra el P. Vicario y contra otros muchos Padres españoles residentes en nuestra casa. La segunda dificultad provino de la inquietud ambiciosa de algunos jesuítas, los cuales en esta ocasión, engañados por el demonio, pusieron en gravísimo aprieto á toda la Compañía.

Como ya insinuamos más arriba, al anunciarse por primera vez la Congregación general, se la había convocado para el mes de Noviembre (2). Pronto se advirtió cuán difícil era que para entonces acudieran á Roma los Padres de las Provincias más distantes, y por eso el 29 de Agosto de 1556 se expidieron nuevas cartas, dilatando la Congregación hasta la primavera siguiente (3).

Cuando se halló Laínez enteramente curado de la enfermedad que padecía al morir San Ignacio, acudió á los pies del Sumo Pontífice, y después de ofrecerle la obediencia en nombre de la Compañía, le pidió su bendición para celebrar la primera Congregación general. Recibióle el Papa benignamente y accedió á su demanda; pero luego, poniéndose un poco serio, le advirtió que mirasen bien cómo procedían, que nada podían hacer sin la aprobación de la Sede Apostólica, que no fiasen demasiado en los favores de los precedentes Pontífices, pues lo que hace un Papa lo puede deshacer otro. Añadió algunas ideas en este tono amenazador, y luego, volviendo á mostrarse más blando, le despidió con afabilidad. Esto sucedía en Setiembre de 1556 (4).

Aunque, diferida la Congregación hasta la primavera de 1557, había

(1) *Epist. P. Nadal*, t. II, p. 49.

(2) *Vide Regest. S. Ignat.*, t. V, f. 49.

(3) *Ibid.*, f. 57 vto.

(4) *Epist. P. Nadal*, t. II, p. 15.